

# CIENCIA FICCION

## SELECCION 34



En las tres novelas cortas que componen esta selección, procedentes de la prestigiosa revista norteamericana *Fantasy & Science Fiction*, encontramos otros tantos enfoques, muy distintos entre sí, pero con un trasfondo común, del tema de la inteligencia animal.

El gato «embrujaado» de *Nave de sombras*, de Fritz Leiber, poco tiene que ver con los animales sabios de *La granja de los animales*, de Alfred Bester, o con el enigmático *Dientes Largos*, posible eslabón perdido de la cadena de la evolución imaginado por Edgar Pangborn. Pero todos ellos nos recuerdan que la pretensión del hombre de ser el rey de la creación no es más que eso, una mera y absurda pretensión.

## Contenido

Presentación: *La ciencia ficción no es monárquica*, Carlo Frabetti.

*Nave de sombras (Ship of Shadows)*, Fritz Leiber, 1969.

*La granja de los animales (Animal Fair)*, Alfred Bester, 1972.

*Dientes Largos (Longtooth)*, Edgar Pangborn, 1970.

## PRESENTACIÓN

### La ciencia ficción no es monárquica

*La ciencia ficción, una de las grandes desmitificadoras de nuestro tiempo, ha impugnado, en un momento u otro, de una forma u otra, la mayoría de los prejuicios básicos de nuestra cultura, como corresponde a un género eminentemente crítico y especulativo, que busca, más allá de lo cotidiano, más allá de lo admitido, el rostro oculto de las cosas y sus posibilidades latentes.*

*Y uno de los prejuicios que más asiduamente ha impugnado la ciencia ficción —la buena ciencia ficción— es el ridículo antropocentrismo de la moral cristiano-burguesa, la arbitraria ecuación inteligencia = hombre.*

*Esto queda claro por el mero hecho de que la posibilidad de que exista vida inteligente en otros planetas es un —por no decir el— tema fundamental de la ciencia ficción. Y sólo en las peores manifestaciones del género se usa esta posibilidad para reafirmar la primacía del hombre. La ciencia ficción más madura, por el contrario, suele utilizar este recurso para mostrarnos nuestras contradicciones e invitarnos a la revisión de nuestros presupuestos: su lección es básicamente una lección de humildad.*

*Pero no hace falta alzar los ojos a las estrellas para pensar en otras formas de raciocinio. Mucho antes de que los científicos llegaran a la conclusión de que no hay una diferencia radical entre la inteligencia de un hombre y la de un*

*chimpancé, los autores de ciencia ficción se habían planteado, desde los más diversos ángulos, la posibilidad de que la inteligencia animal evolucionara hasta equipararse —o superar— a la humana, o —lo que es más inquietante— que seres que consideramos inferiores posean ya facultades mentales que ni siquiera podemos detectar.*

*En las tres novelas cortas que componen esta selección encontramos otros tantos enfoques, muy diferentes pero con un trasfondo común, del tema de la inteligencia animal. El gato «embrujaado» de Nave de sombras, los animales sabios de la granja de Bester y el enigmático Dientes Largos (¿oscuro eslabón perdido de la cadena de la evolución?) son muy distintos entre sí, pero todos ellos nos recuerdan que la pretensión del hombre de ser el rey de la creación no es más que eso, una pretensión. Pues, para empezar, la naturaleza, más sabia que nosotros, no es monárquica.*

CARLO FRABETTI

## NAVE DE SOMBRAS

Fritz Leiber

*Una nave embrujada es algo más que corriente en la literatura fantástica. Pero cuando la nave es una enorme nave espacial de misteriosas características y quien la pilotea es Fritz Leiber, el resultado puede ser realmente insólito.*

El gato siseó y mordió a Spar en alguna parte.

El cuádruple escozor le revolvió el estómago, equilibrando su resaca, de modo que la mente de Spar flotó con tanta libertad como su cuerpo en la oscuridad de Windrush, en la que sólo brillaban un par de luces, tan débiles como el brillo de un sueño y tan infinitamente distantes como el Bridge o el Stern.

A su mente llegó la visión de una nave con todas las velas desplegadas a través del mar azul, azotado por el viento, contra un cielo igualmente azul. Ahora, los dos últimos nombres ya no resultaban obscenos. Podía escuchar el silbido del viento salado a través de los obenques y los estáis, su tamborilear contra las velas tensas, y el crujido de los tres mástiles y de todo el resto del maderamen de la nave.

¿Qué era el maderamen? Desde alguna parte le llegó la contestación: plástico activo-o.

¿Y qué fuerza alisaba el agua, impidiéndole formar grandes ondas, darle la vuelta a la nave y saltar sobre los mástiles, impulsada por el viento?

En lugar de ser borrosa y redondeada, como la realidad, la visión era nítida y luminosa, la clase de visión que Spar nunca comunicaba a nadie por temor a ser acusado de segunda visión y, en consecuencia, de brujería.

Windrush también era una nave y era llamada a menudo la Nave. Pero se trataba de una nave muy extraña en la que los marineros vivían para siempre en los sudarios, dentro de cabinas de todas las formas, hechas de velas translúcidas que habían sido soldadas.

Las únicas otras cosas que compartían las dos naves eran el viento y los continuos crujidos. A medida que se fue disipando la visión, Spar empezó a escuchar cómo los vientos de Windrush gemían suavemente a través de los largos pasillos, mientras sentía los crujidos en el vibrante sudario al que estaba sujeto por las muñecas y que le impedía flotar de un lado a otro, en el interior del Bat Rack.

Las ensoñaciones habían comenzado bien, con Spar poseyendo inmediatamente a las tres chicas de Crown. Pero en el período de descanso de la noche se había medio despertado a causa del distante rechinar de la bodega tres. Después, los hombres-lobo y los vampiros le atacaron, saltando desde los seis lados, mientras las brujas y sus parientes se reían disimuladamente en las negras sombras del fondo. De algún modo, había sido protegido por el gato, pariente de una delgada bruja cuyos dientes desnudos parecieron como una impresión marfileña en la más grande impresión plateada de su pelo revuelto. Spar apretó sus encías elásticas. El gato había sido la última de las criaturas sobrenaturales en desvanecerse. Después, había aparecido la maravillosa visión de la nave.

Su resaca le golpeó de repente, sin piedad alguna. Empezó a brotarle el sudor, hasta que debió quedar rodeado por una verdadera nube. Sin ninguna advertencia, sus intestinos se retorcieron. Su mano libre encontró un tubo flotante de deshechos, justo a tiempo para apretar su pequeña trompeta contra su rostro. Pudo escuchar cómo sus vómitos ásperos regurgitaban desde su interior, estimulados por una ligera succión.

Sus intestinos volvieron a retorcerse, con la rapidez con que lo hace el *flap* de una escotilla cuando un ventarrón azota los pasillos. Se introdujo el tubo de deshechos en el interior de la floja pernera de su traje y recogió la materia oscura, casi tan acuosa y tan explosiva como sus vómitos. Después, tuvo la urgente necesidad de orinar.



Más tarde, sintiéndose tranquilamente débil, Spar se revolvió en la igualmente tranquila oscuridad y se preparó para dormir, hasta que Keeper le despertara.

—¡Basssta! —siseó el gato—. ¡No duermas másss! ¡Sssssh! ¡Ssssespierta!

En su hombro izquierdo y a través, del material de su traje, Spar pudo sentir cuatro puntos que le escocían, como el toque de cuatro pequeñas espinas en los jardines de Apolo o de Diana. Se quedó helado.

—Sssspar —siseó el gato con mayor suavidad, dejando de pincharle—. Te sessseo lo mejor.

Spar extendió débilmente su mano derecha, cruzándola sobre el pecho, tocó un pelo mucho más suave que el de Suzy y golpeó con energía.

El gato siseó muy suavemente, casi ronroneando:

—Ssstúpido Ssspar. ¡Sssspierta! ¡Sssspierta para sssiempre! ¡Mira! ¡Ve!

Spar sintió una oleada de irritación ante este hablar constante —¡qué mal comportamiento tenía aquel gato!—, seguida por una necesidad urgente e irracional de sentir esperanza a través de sus ojos. Concluyó que aquél no era ningún gato encantado dejado allí por su sueño, sino un animal perdido que se había abierto paso a través del tubo de ventilación hasta llegar al Bat Rack y poner en marcha su sueño. Había unos cuantos animales perdidos en estos días de pánico ante las brujas y de despoblación de la Nave, o, por lo menos, de la bodega tres.

En aquellos momentos, el amanecer surgió por la proa, pues la esquina violeta delantera del Bat Rack comenzó a brillar. Las luces de control se vieron inundadas por una creciente llamarada blanca. Al cabo de veinte latidos de su corazón, Windrush estaría tan luminoso como pudiera estarlo en un día de trabajo o en cualquier otra mañana.

El gato se movió a lo largo del brazo de Spar, como una borrosa impresión negra que se acercara a sus ojos, que miraban de soslayo. Spar sólo podía ver una pequeña im-

presión gris. Lo tocó con la mano. Tenía un pelo aún más corto de lo que parecía, pero estaba frío.

Como si se sintiera molesto, el gato abandonó su antebrazo desnudo tomando un fuerte impulso con las patas traseras. Cayó expertamente sobre el siguiente sudario, una vacilante línea gris que se desvanecía en cada dirección antes de alcanzar la pared.

Spar se desató y dobló los dedos alrededor de su propio sudario, delgado como un lápiz. Después, se quedó mirando al gato.

El animal también se le quedó mirando, con unos ojos que parecían borrones verdes y que casi se fusionaban con el borrón negro de su enorme cabeza.

—¿Tu hijo? ¿Muerto? —preguntó Spar.

El gato soltó su presa gris, que flotó junto a su cabeza.

—¿Hijo? —en la voz sibilante se notaba toda la antigua burla y aún más—. Esss una rata que he cassado, isssiota.

—Me gustas, gato. Te llamaré Kim —dijo Spar, esbozando una sonrisa.

—¡Kim, bueno! —espetó el gato—. Yo te llamaré Lus-hsss. ¡O Sssot!

Los crujidos aumentaron, como siempre sucedía tras el comienzo del día y al mediodía. Los sudarios fueron soltándose. Las paredes crujieron.

Spar se sacudió la cabeza rápidamente. Aunque la realidad era imprecisa por su naturaleza, podía distinguir el movimiento sin posibilidad de error.

Keeper estaba flotando lentamente, dirigiéndose directamente hacia él. En la parte superior de su rollizo cuerpo se encontraba la gran redondez pálida de su rostro y su luminosa tarjeta-centro de color rosado desviaba la atención, apartando la mirada de las diminutas manchas borrosas y marrones de sus ojos. Uno de sus gruesos brazos terminaba en el luminoso destello del pliofilm, y el otro en el destello oscuro del acero. Más allá de él se encontraba la oscura es-

quina roja de la popa del Bat Rack, con el gran anillo brillante de la barra que lo cruzaba a medio camino.

—Perezoso y consentido —le saludó Keeper—. Durante todo el período de descanso no has hecho más que roncar mientras yo estaba de guardia y ahora te traigo el zurrón de la mañana, en la bruma del alba, a tu sudario de dormir.

»Ha sido una mala noche, Spar —siguió diciendo, mientras su voz adquiría un tono sentencioso—. Hombres-lobo, vampiros y brujas sueltos por los pasillos. Pero yo me aparté de todos ellos, por no mencionar a las ratas y ratones. A través de los tubos, oí que los vampiros habían cogido a Girlie y a Sweetheart, ¡esos tontos! ¡Vigilancia, Spar! Y ahora, tómate el desayuno y empieza a barrer. Este sitio huele muy mal.

Keeper extendió la mano brillante de pliofilm. Con la mente llena por las palabras sibilantes y despectivas de Kim, Spar dijo:

—Creo que no voy a beber nada esta mañana, Keeper. Sólo tomaré gachas de cereal y cerveza. No, será mejor agua.

—¿Qué dices, Spar? —exclamó Keeper—. No creo que te lo pueda permitir. No queremos que tengas convulsiones delante de los clientes. ¡Que la Tierra me trague! ¿Qué es eso?

Spar se lanzó instantáneamente contra la mano acerada de Keeper. Detrás de él, su sudario se curvó y recuperó de nuevo su forma, con elasticidad. Con una mano se enroscó al grueso y frío cilindro de Keeper. Con la otra introdujo un dedo en el disparador.

—No es un gato embrujado. Sólo se trata de un animal perdido —dijo, mientras daban una voltereta y se mantenían en una lenta rotación.

—¡Suéltame, subordinado! —fanfarroneó Keeper—. Te voy a meter entre rejas. Se lo diré a Crown.

—Las armas de fuego están tan en contra de la ley como cuchillos o agujas —se atrevió a decir Spar, aunque ya

empezaba a sentirse aturdido y mareado—. Eres tú quien tendría que temer eso.

Por debajo de la voz intimidante reconoció con respeto la capacidad que siempre demostraba Keeper para moverse con rapidez y seguridad, aunque medio ciego.

Rebotaron para descansar, apoyándose contra un montón de sudarios.

—Te he dicho que me sueltas —exigió Keeper, forcejeando débilmente—. Crown me dio esta pis tola. Y tengo permiso del Bridge para llevarla.

Aquello último, pensó Spar, era por lo menos una mentira.

—Además —siguió diciendo Keeper—, sólo es un arma de bolsillo adaptada para disparar balas pesadas y elásticas. No es suficiente para romper una pared, aunque sí para dejar fuera de combate a los borrachos..., ¡o para darle en la cabeza a un gato embrujado!

—No es un gato embrujado, Keeper —repitió Spar, aunque tuvo que tragar con fuerza para no volver a vomitar—. Sólo es un animal perdido que se porta muy bien y que ya ha demostrado su utilidad para nosotros matando a una de las ratas que han estado devorando nuestra comida. Se llama Kim. Trabajaré bien.

La distante mancha borrosa de Kim extendió su longitud y mostró unas delgadas e imprecisas patas y cola, como si estuviera agresivo.

—Sssseguro —se jactó—. Ssssanitario. Sssstituyo los tuboss de dessshecho. ¡Mato ratasss y ratonesss! Essspío a lasss brujasss y loss vampiross para vossotros.

—¡Está hablando! —balbució Keeper—. ¡Esto es brujería!

—Crown tiene un perro que habla —contestó Spar con decisión—. Un animal que habla no es ninguna prueba de nada.

Mientras hablaban se había mantenido bien sujeto al cilindro del cuerpo de Keeper. Ahora, sintió cómo se produ-

cía un cambio en el cuerpo de éste, como si en el interior de su grasa, el jefe del Bat Rack se estuviera transformando, pasando de unos músculos y huesos resistentes a una masa espesa y suave que pudiera adquirir cualquier forma y desparramarse a su alrededor.

—Lo siento, Spar —murmuró con afectación—. Ha sido una noche muy mala y Kim me ha asustado. Es negro como un gato embrujado. Un error muy comprensible por mi parte. Lo probaremos en la caza. ¡Tiene que ganarse su manutención! Y ahora bébete esto.

La flexible bolsa doble que llenó la palma de Spar fue sentida por éste como la piedra filosofal. La elevó hacia sus labios, pero, al mismo tiempo, los dedos de sus pies tropezaron involuntariamente con un sudario y se dirigió rápidamente hacia el brillante anillo tórico, que tenía un agujero lo bastante grande como para acomodar a cuatro personas.

Spar chocó contra la parte interior opuesta del agujero. Con una tensión de los sudarios, el toro resistió el impacto. Tenía la bolsa junto a sus labios, sin haber desenroscado aún el tapón, que no había apretado. Cerró los ojos y, con un pequeño sollozo, arrojó la bolsa a la jaula del desayuno.

Actuando principalmente por tacto, cogió una bolsa de gachas de cereales del pequeño recipiente caliente, sirviéndose al mismo tiempo una bolsa de café, y se lo colocó todo en el bolsillo interior. Después, cogió una bolsa de agua, la abrió, metió en ella cinco pastillas de sal, la cerró y la agitó y la apretó vigorosamente.

Keeper, que se había acercado por detrás de él, le dijo al oído:

—Así es que, de todos modos, bebes. Este brebaje no es suficiente; te haces tú mismo un cóctel. Creo que te lo voy a reducir de tu vale. Pero todos los borrachos son unos mentirosos, o se convierten en embusteros.

Incapaz de ignorar el tono de burla, Spar explicó:

—No, sólo se trata de agua salada para endurecer mis encías.

—Pobre Spar, ¿para qué vas a necesitar encías endurecidas? ¿Acaso tienes el propósito de compartir las ratas con tu nuevo amigo? ¡Que no te pille asándolas en mi parrilla! Te voy a rebajar de todos modos por lo de la sal. ¡A barrer, Spar! —Después, volviendo la cabeza hacia la esquina violeta de la proa y hablando en voz más alta, añadió—: ¡Y tú! ¡A cazar ratones!

Kim ya había encontrado el pequeño tubo masticador y arrojó la rata muerta a su interior, agarrándose al tubo con las patas delanteras y empujando la rata. Al contacto del cadáver de la rata contra la abertura sólida del tubo, comenzó a escucharse un rechinar en su interior; un rechinar que continuaría hasta que la rata hubiera sido macerada y tragada lentamente para ser conducida hacia la gran cloaca que alimentaba los Jardines de Diana.

En tres ocasiones, Spar se enjuagó vigorosamente las encías con el agua salada, arrojándola después al tubo de deshechos, vomitando un poco después de las primeras gárgaras. Después, apartándose de Keeper, apretó suavemente las bolsas obligando al café a introducirse en su garganta —una bebida mucho más querida que el brebaje destilado que pasaba por cerveza—, tragándose más tarde algo de las gachas de cereales.

Con el aire de quien está pidiendo excusas, ofreció el resto a Kim, que sacudió la cabeza.

—Sssólo quiero un ratón.

Apresuradamente, Spar se dirigió hacia la esquina verde de estribor. Fuera de la escotilla escuchó a algunos borrachos gritando con una rabia cansada y triste:

—¡Abrid la cremallera!

Agarrándose a las cabezas de dos largos tubos de deshechos, Spar comenzó a limpiar el aire, partiendo de la esquina verde y en espiral, del mismo modo en que una araña teje su tela.

Desde el toro, Keeper intensificó la succión de los dos tubos, de modo que la velocidad de reacción mantuviera a

Spar en su espiral. Sólo necesitaba utilizar su cuerpo para mantener el curso y evitar los sudarios, de modo que sus tubos no se enredaran.

Keeper no tardó en observar su muñeca y dijo:

—Spar, ¿es que no te das cuenta del tiempo? ¡Arriba!

Le lanzó un manajo de llaves, que Spar agarró en el aire, aunque sólo las vio durante la última parte de su trayecto. En cuanto se halló bien situado frente a la puerta verde, Keeper le volvió a llamar, señalando la proa y la popa. Obedientemente, Spar abrió con llave y corrió la cremallera de la escotilla azul, y también de la escotilla oscura, aunque no había nadie en ninguna antes de abrir la verde. En cada caso, evitó el margen de goma de la escotilla y la pegajosa escotilla de emergencia, que se encontraba muy cerca.

Dando tumbos, tres clientes ancianos, agarrándose a los sudarios y empujándose en los cuerpos de cada uno de los otros, se apresuraron a llegar hasta el toro, maldiciendo mientras tanto a Spar.

—¡Que el cielo te estrangule!

—¡Que la tierra te entierre!

—¡Que el mar te ahogue!

—¡A ver qué es ese lenguaje, muchachos! —dijo Keeper con un tono de reproche—. Aunque estoy de acuerdo en que mi ayudante es un estúpido y un perezoso, no hay por qué decir porquerías.

Spar le arrojó el manajo de llaves. Los otros tres se arremolinaron alrededor del toro, codo con codo, como tres manchas grises con las cabezas dirigidas hacia la esquina azul.

—¡Abajo, abajo! —ordenó Keeper con indignación, enfrentándose a los tres—. ¿Acaso os creéis caballeros?

—Pero si todavía no estáis sirviendo a nadie ahí arriba.

—Sólo estamos nosotros tres.

—No importa —replicó Keeper—. ¡Corrección, bobos! A menos que queráis comprar la bolsa, daos la vuelta.